

gran pensamiento, agitaba diariamente dicha cuestión con sus colegas, con sus ministros, con los miembros del Consejo de Estado ó del cuerpo legislativo, y en fin, con todos aquellos cuyas opiniones le parecía útil reformar. Refutaba sucesivamente los sistemas erróneos que le proponían, y hacía con argumentos breves, enérgicos y concluyentes.

A los que le aconsejaban el sistema de no entrometerse en los asuntos religiosos, respondía que la indiferencia tan encomiada por ciertos hombres desdeñosos, era muy poco propia de un pueblo á quien, por ejemplo, se le acababa de ver invadir una iglesia y amenazar saquearla, sólo por haber rehusado la sepultura á una actriz predilecta del público. ¿Cómo mostrarse indiferente en un país que con la pretensión de serlo lo era tan poco? Preguntaba además el primer cónsul cómo era posible no mezclarse en semejante negocio cuando los clérigos *juramentados* y *no juramentados* se disputaban entre sí el goce de los edificios destinados al culto, é imploraban á cada instante la intervención de la autoridad pública para despojarse mutuamente. Preguntaba qué habría de hacerse cuando el clero constitucional, ya apenas reconocido por la población creyente, quedase enteramente abandonado por ella, y cuando el clero que había negado el juramento, único que hacía prosélitos, quedase en la posesión exclusiva de ejercer el culto, como ya acontecía, y lo practicase en reuniones clandestinas. ¿No había de ser al fin necesario restituir lo temporal del culto á los que hubiesen reconquistado sus atribuciones espirituales? ¿Y no era esto entrometerse en el asunto? ¿Además, esos clérigos, de cuyos bienes territoriales se había apoderado la revolución, era indispensable que viviesen, para lo cual había que asignarles un salario sobre el presupuesto del Estado, ó tolerar que organizaran, so pretexto de contribuciones voluntarias, un vasto sistema de impuesto, cuyo producto ascendería á una suma de treinta ó cuarenta millones, cuya distribución pertenecería á ellos solos ó quizá á una autoridad extraña, y aun tal vez podría invertirse algún día, sin que el gobierno lo supiera, en sostener en la Vendée á los antiguos facciosos de la guerra civil. El gobierno, pues, cualquiera que fuese su resolución, no podría menos que tener que renunciar mal de su grado á la inacción, ya porque tuviese que mantener el orden, ya porque hubiera de disponer de los edificios del culto, ó ya, en fin, porque tuviera que dotar á los clérigos ó vigilar sobre su modo de vivir y ser retribuido. De este modo se echaría encima el cargo de gobernar sin disfrutar de sus ventajas, sin poder amalgamar al clero con el gobierno, apoderándose de la administración religiosa por medio de un acuerdo prudente con la Santa Sede, asociarlo á sus proyectos reparadores, restablecer la paz de las familias, tranquilizar á los moribundos, á los compradores de bienes nacionales, á los sacerdotes casados, etc.; en suma, á todos los comprometidos por causa de la revolución.

Era, pues, la inacción, según el primer cónsul, un puro sueño, y además un chasco formal que sólo podía ocurrirse á hombres que no tenían la menor idea práctica de gobierno.

En cuanto al pensamiento de fundar una Iglesia francesa á la manera de la Iglesia anglicana, independiente de toda supremacía extraña y con un jefe temporal re-

sidente en París, que no podría ser otro más que el gobierno mismo, esto es, el primer cónsul, en vez de un jefe espiritual residente fuera de ella, parecía tan vano como digno de desprecio. ¿Cómo había de constituirse en cabeza de la Iglesia, y por decirlo así, en papa, dictando leyes sobre la disciplina y el dogma, él que como guerrero llevaba espada y espuelas, y daba batallas! Pero el intento era hacerle tan odioso como Robespierre, el inventor del culto del Ser Supremo, ó tan ridículo como Larevelliere-Lepeaux, inventor de la teoflantropía. ¿Quién había de seguirle? ¿Quién había de formarle una grey de fieles? No ciertamente los cristianos ortodoxos, que por otra parte constituían el mayor número de los católicos y no habían querido seguir á otros sacerdotes muy dignos que no tenían á sus ojos más tacha que haber prestado el juramento exigido por las leyes. Serían todo lo más algunos malos eclesiásticos, algunos regulares escapados de sus conventos, convertidos en clubistas, que habían hecho vida escandalosa y querían seguirla haciendo, y se lisonjaban con que el jefe de la nueva Iglesia permitiese el matrimonio de los clérigos. Ni podría siquiera contar con la adhesión del abate Gregorio, el cual, á pesar de que opinaba por el retroceso á la disciplina de la primitiva iglesia, quería no obstante permanecer en comunión con el sucesor de San Pedro; ni del mismo Larevelliere-Lepeaux, que pretendía reducir el culto á unos cuantos cánticos religiosos, y á deponer sobre un altar unas cuantas flores. ¡Y esa era la Iglesia de que se le quería hacer jefe! ¡Ese el papel á que se pretendía reducir al vencedor de Marengo y de Rívoli, al restaurador del orden social! ¡Y eran los amantes asombradizos de la libertad los que le proponían semejante proyecto!.. ¡Pero aun suponiendo que dicho proyecto se lograra, lo cual por otra parte era imposible, y que á su poder temporal ya inmenso agregase el primer cónsul el poder espiritual, llegaría éste á ser el más temible de los tiranos, sería el dueño de las vidas y de las almas, no sería nada menos que un sultán como el de Constantinopla, que es á un mismo tiempo cabeza del Estado, del ejército y de la religión! Por lo demás, la hipótesis era vana; no sería más que un tirano de irrisión, porque sólo lograría producir el más absurdo de todos los cismas. El que quería ser el pacificador de Francia y del mundo y poner término á todas las disensiones políticas y religiosas, se convertiría en autor de un nuevo cisma algo más disparatado y no menos peligroso que los anteriores. «Sí, decía el primer cónsul, es cierto que necesito un papa, pero quiero un papa que reconcilie en vez de dividir; que reuna los ánimos y los amalgame, y les dé un gobierno nacido de la revolución en pago de la protección que de él obtenga; y para esto necesito al verdadero papa, católico, apostólico y romano, al papa que reside en el Vaticano. Con los ejércitos franceses y mis miramientos, siempre tendré con él el necesario influjo; cuando yo vuelva á levantar los altares, cuando yo proteja á los sacerdotes y los sustente, y los trate como cumple á los ministros de la religión en todo país, él hará lo que yo le pida en beneficio de la tranquilidad pública. El calmará los ánimos, los reunirá bajo su brazo y los pondrá bajo el mío; no siendo así, sólo veremos perpetuarse y crecer el cisma asolador que nos devora, y yo sólo lograré un inmenso é indeleble ridículo.»

En cuanto á la idea de fomentar en Francia el protestantismo, parecía al primer cónsul aún más que ridícula, odiosa. Creía en primer lugar que jamás, aunque lo intentase, lograría salir adelante con dicha tarea, y estaba penetrado de que era un error suponer que en Francia se podía hacer todo lo que se quería; error poco honroso para los que le cometían, puesto que suponían á la Francia privada de conciencia y de opinión. Decíanle que conseguiría todo lo que quisiese. «Sí, respondía él, lo conseguiré, pero que sea siempre con arreglo á las necesidades verdaderas y sentidas en Francia.» Hallábase ésta en un desconcierto profundo, y él la redujo á la tranquilidad más completa; la encontró presa de los anarquistas que empezaban á no saber ya cómo defenderla de los extraños, y dispersó á los anarquistas, restableció el orden, repelió lejos de las fronteras á los austriacos y rusos, y dió la paz que tanto se ansiaba; hizo cesar en suma los escándalos de un gobierno débil y disoluto. ¿Qué extraño que se le permitiera hacer todas estas cosas? ¿Pues no acababan, sin embargo, de rehusarle los opositores del tribunal los medios de limpiar los caminos públicos de los malhechores que los infestaban? ¿Podía pretenderse en vista de esto que conseguiría todo lo que quisiera? Era un error: podía hacer todo lo que se acomodase á las necesidades y opiniones reinantes de su época, pero no más; podía hacerlo mejor y con más eficacia que otro alguno, pero nada podía contra la dirección actual de los ánimos. Esta dirección conducía al establecimiento de todas las cosas esenciales de una sociedad; entré éstas, la religión era la primera. «Mucho poder tengo yo ahora, exclamaba el primer cónsul; pues, sin embargo, si tratara de alterar la antigua religión del país, éste se levantaría contra mí y me vencería. ¿Saben ustedes cuando era la Francia hostil á la religión católica? Cuando el gobierno, de conformidad con ella, quemaba libros y enviaba al tormento á Calas y á Labarre; pero téngase por seguro que si yo me declarase enemigo de la religión, todo el país se alzaría contra mí. Yo cambiaré á los que muestran indiferencia en creyentes católicos y sinceros; quizás se me criticaría menos queriendo fomentar el protestantismo que constituyéndome en patriarca de una Iglesia galicana, pero en breve me trocaría en objeto de pública animadversión. ¿Es acaso el protestantismo la antigua religión de la Francia? ¿Es por ventura esa la religión que después de guerras civiles prolongadas, después de mil combates, ha triunfado definitivamente como la más conforme con las costumbres y la índole de nuestra nación? ¿A quién no parecerá violento querer ponerse en lugar de un pueblo para darle gustos, y aun recuerdos que le son propios?»

«Yo, por mi parte, decía en otra ocasión el primer cónsul á uno de sus interlocutores, no oigo una sola vez en la Malmaison la campana de la aldea vecina sin conmovirme; y en quién habían de producir efecto en Francia esas pláticas, á las cuales nadie en su infancia asistió, y esos templos desnudos, cuyo aspecto severo y frío dice tan mal con las costumbres de nuestra nación? Se cree tal vez que es una ventaja no depender de una cabeza extraña; pero también este es un error; una cabeza es indispensable en todas partes y en todas las cosas; no hay una institución más admirable que la que mantiene la unidad de la fe y precave, al menos cuanto

es posible, las contiendas religiosas. No hay cosa más odiosa que ver una multitud de sectas disputando, zahiriéndose, luchando unas con otras á mano armada mientras dura el primer ardimiento, ó si han llegado ya á contraer el hábito de vivir juntas, dirigiéndose miradas envidiosas, formando en el Estado banderías codiciosas que hacen medrar á sus adeptos, oprimen y obscurecen á los de las sectas rivales, y causan al gobierno embarazos de todo género. Las disputas de las sectas son las más insoportables que se conocen. La disputa es peculiar á la ciencia, porque la anima, la fomenta y la conduce á los descubrimientos; pero ¿á qué conduce la disputa en materia de religión sino á la duda y á la ruina de toda creencia? Por otra parte, cuando la actividad de la inteligencia se emplea en controversias teológicas, la absorben éstas de tal manera que distraen el pensamiento del hombre y lo apartan de toda útil investigación. Rara vez concurren juntos una gran controversia teológica y grandes trabajos mentales. Las disputas religiosas son, ó crueles, ó sangrientas, ó frías, estériles y amargas: no las hay más odiosas. Lo verdadero, lo útil es en la ciencia el examen, y en la religión la fe. La institución que mantiene la unidad de la fe, es decir, el papa guardador de la unidad católica, es seguramente admirable. Objétase que este jefe es un soberano extraño; lo es, en efecto, y por lo mismo hay que dar gracias al cielo. Pues qué, ¿podría existir en un mismo país una autoridad semejante al lado del gobierno del Estado? Esta autoridad reunida al gobierno sería como el despotismo de los sultanes; separada y quizás hostil, produciría una rivalidad temible é intolerable. El papa reside fuera de París, y conviene que sea así; pero tampoco reside en Madrid ni en Viena, y he aquí por qué toleramos su autoridad espiritual. Viena y Madrid pueden decir otro tanto, y seguramente si estuviera en París, ni los habitantes de Viena ni los españoles querían admitir sus decisiones. Es, pues, una gran fortuna que resida en un país extraño, no siendo este país rival de ninguno; que habite en esa antigua Roma lejos del brazo de los emperadores de Alemania, lejos del de los reyes de Francia y de España, sustentando la balanza entre los soberanos católicos, inclinándose siempre un tanto al fuerte, y recobrando toda su dignidad é independencia así que el más fuerte se convierte en opresor. Esta obra la han consumado los siglos, y no podían hacer cosa mejor. Para el gobierno de las almas es la más benéfica institución que puede imaginarse, y no sostengo yo esto, añadía el primer cónsul, por tesón de devoto, sino por convencimiento.»

«Vea usted, decía en cierta ocasión á Monge, que era al que más estimaba entre los sabios de la época y con quien más solía comunicarse; vea usted si mi religión es cosa sencilla. Miro yo este universo tan vasto, tan complicado y tan magnífico, y me digo á mí mismo que no puede ser el producto del acaso, sino la obra de un Ser ignoto, omnipotente y tan superior al hombre cuanto es superior el universo á nuestras máquinas más acabadas y hermosas. Investigue usted, llame usted en su ayuda á sus amigos los matemáticos y los filósofos; no encontrará usted seguramente una razón más poderosa ni más decisiva, y no le quitará usted su fuerza por más que se empeñe en combatirla. Pero esta verdad es para el hombre demasiado sucinta; quiere él saber por sí mis-



mo y sobre su porvenir una multitud de secretos que el universo no revela. Siendo esto así, admita usted que la religión le descubra todo lo que él anhela saber, y respete usted lo que ella le diga. Ciertamente es que lo que una religión establece otras lo niegan, y por mi parte deduzco de esto lo contrario que Mr. de Volney. De que haya tantas religiones diversas que naturalmente se contradicen, infiere él que todas son malas; yo me inclinaría á creer más bien que todas son buenas, pues que todas en el fondo vienen á decir una cosa misma. Sólo yerran cuando intentan mutuamente proscribirse (1), y he aquí lo que es preciso evitar por medio de buenas leyes. La religión católica es la de nuestra patria, es la religión en que hemos nacido; hay en ella un gobierno sabiamente concebido, que impide las contiendas cuanto es posible impedir las con el ánimo disputador de los hombres; este gobierno se halla fuera de París, de lo que debemos alegrarnos; no se halla en Viena, no se halla en Madrid, está en Roma, y por eso mismo es admisible. Si hay algo perfecto después de la institución del pontificado, son seguramente las relaciones entre la Santa Sede y la Iglesia galicana, sumisa é independiente á la vez: sumisa en las materias de fe, independiente en cuanto á la policía de los cultos. La unidad católica juntamente con los artículos de Bossuet son el verdadero régimen religioso que es preciso restablecer. Tendrá el protestantismo derecho á una protección eficaz de parte del gobierno; los que le profesen tendrán un derecho absoluto á la repartición igual de las ventajas sociales; pero el protestantismo no es la religión de la Francia. Los siglos han dado su fallo: proponer al gobierno que le haga prevalecer, es aconsejarle la violencia y lo imposible. Por otra parte, ¿dónde hay cosa más aborrecible que el cisma? De todas las guerras civiles, la guerra religiosa es la que más profundamente dilacera los corazones, la que más dolorosamente conmueve á las familias. Preciso es ponerle término. La paz con la Europa está hecha, mantengámosla cuanto nos sea posible; pero la paz religiosa es la más urgente de todas. Celebrada ésta, nada tendremos que temer. No es seguro que la Europa tolere nuestra tranquilidad por largo tiempo, ni que nos consienta siempre tan poderosos como ahora somos; pero cuando la Francia forme en su unión un solo hombre, cuando los vandeos y los bretones se confundan en nuestros ejércitos con los habitantes de la Borgoña, Lorena y Franco-Condado, no tendremos que temer á la Europa aunque toda entera se conjure contra nosotros »

Estas eran las razones que el primer cónsul dirigía sin cesar á sus consejeros íntimos Cambaceres y Lebrún, que eran de su misma opinión, á Talleyrand, Fouché y Rœderer, que no opinaban lo mismo, y á una multitud de miembros del Consejo de Estado y del cuerpo legislativo, que por lo general eran de ideas opuestas. Hacía lo con calor, con sin igual constancia; nada le parecía más útil ni más urgente que acabar con las escisiones religiosas; dedicábase á ello con ese ardor que desplegaba en todas las cosas que consideraba como capitales.

(1) Esta máxima, admitida de una manera absoluta, sería una verdadera herejía, porque la verdad no puede menos de excluir y odiar el error; y si el catolicismo se reconociese compatible con las demás religiones, haría abdicación de su carácter de unidad y universalidad.

(N. del T.)

Había fijado su plan de una manera sencilla y sabia, y no le engañó su esperanza de acabar con las divisiones religiosas de la Francia, porque las malhadadas disputas que el primer cónsul tuvo más adelante, siendo ya emperador, con la corte de Roma, no pasaron de él, del papa y de los obispos, y jamás alteraron la paz religiosa restablecida en las poblaciones. Ni aun cuando el papa estuvo prisionero en Fontainebleau volvió á haber en Francia dos cultos, dos cleros y dos clases de fieles.

Formó el primer cónsul el proyecto de reconciliar á la república francesa con la Iglesia romana, tratando con la Santa Sede y tomando por base los principios de la revolución. Nada de clero constituido en poder político, nada de clero propietario; esto no era posible en el año 1800. Un clero únicamente consagrado á las funciones del culto, pagado por el gobierno, nombrado por éste, confirmado por el papa; una nueva circunscripción de diócesis que comprendiese sesenta sedes en vez de las ciento cincuenta y ocho que antes existían en el territorio de la antigua y de la nueva Francia; una policía para los cultos, á cargo de la autoridad civil; la atribución de la jurisdicción del clero al Consejo de Estado en vez de los parlamentos abolidos: tal era el plan del primer cónsul. Venía á ser la constitución civil decretada en 1790 con las modificaciones que podían hacerla admisible en Roma, esto es, con obispos nombrados por el gobierno é instituidos por el papa, en vez de obispos elegidos por los fieles; con una promesa general de sumisión á las leyes en vez de un juramento á tal ó cual institución religiosa, juramento que había servido de pretexto á los sacerdotes malévolos ó timoratos para suscitar escrúpulos en las conciencias; era en suma la verdadera reforma del culto, la reforma á que la revolución hubiera debido limitarse para hacerla tolerable al papa, condición que convenía no olvidar, puesto que todo establecimiento religioso era imposible sin un pacto sincero con Roma.

Hase dicho (2) que faltaba en aquella reforma una cosa muy capital, que era exigir que los obispos nombrados por el poder civil fuesen aceptados por el papa de grado ó á la fuerza. En este caso el gobierno espiritual de Roma hubiera padecido gravemente, y esto era lo que convenía evitar. El poder civil al nombrar un obispo designa el sujeto en quien reconoce, con las cualidades morales de un buen pastor, las cualidades políticas de un buen ciudadano que respeta y hará respetar las leyes del país. Al papa es á quien toca decir si en aquel sujeto reconoce al sacerdote ortodoxo que ha de enseñar la verdadera doctrina de la Iglesia católica. Querer fijar un término de unos cuantos meses, pasado el cual debiera considerarse la institución del papa como concedida, sería forzar la institución misma, despojar al papa de su autoridad espiritual y renovar nada menos que la memorable y terrible contienda de las investiduras. Dos autoridades hay en materia de religión: la civil del país en que se ejerce el culto, encargada de vigilar sobre la observancia de las leyes y sobre el acatamiento de los poderes establecidos, y la autoridad especial de la Santa Sede, encargada de mirar por la conservación de la unidad en la creencia. Es preciso que ambas con-

(2) El abate de Pradt en *los cuatro Concordatos*.

(N. del A.)



EL PAPA PÍO VI



curran en la composición del clero; la autoridad religiosa de la Santa Sede rehúsa á veces, es cierto, la institución á los obispos electos, y se sirve de este medio para violentar al gobierno temporal. Esto en verdad ya se ha visto, y es un abuso inevitable aunque pasajero. También puede excederse la autoridad civil, de lo cual ha sido ejemplo el mismo Napoleón, ese restaurador tan ilustrado y tan animoso de la antigua Iglesia católica.

El plan del primer cónsul nada, pues, dejaba que desear en cuanto al establecimiento definitivo del culto; pero faltaba pensar en la transición, ó lo que es lo mismo, en el paso del estado presente al estado próximo que se intentaba crear. ¿Qué método seguir con respecto á las sedes existentes? ¿Cómo entenderse con aquellos eclesiásticos de toda especie, obispos ó simples sacerdotes, los unos *juramentados* y adictos á la revolución practicando públicamente el culto en las iglesias, y los otros no *juramentados* emigrados ó vultos de su destierro, ejerciendo clandestinamente las funciones de su ministerio y por lo general hostiles? Imaginó el general Bonaparte un sistema cuya adopción era de inmensa dificultad en Roma, puesto que en diez y ocho siglos de duración jamás había hecho la Iglesia lo que se le iba á proponer. Según este sistema, se debían abolir todas las diócesis existentes: para esto había que dirigirse á los antiguos titulares que aún vivían, y hacer que el papa les exigiese su dimisión; si la negaban, debía éste decretar su deposición, y después de dejar por este medio expedito el campo, se haría en el mapa de Francia la demarcación de sesenta nuevas diócesis, de las cuales habría cuarenta y cinco obispados y quince arzobispados. Para llenarlos había de nombrar el primer cónsul sesenta prelados elegidos indistintamente entre los *juramentados* y los no *juramentados*, pero dando la preferencia á estos últimos por ser los más numerosos, los más considerados y los más caros á los fieles. Había de escoger unos y otros entre los eclesiásticos dignos de la confianza del gobierno, respetables por sus costumbres y reconciliados con la revolución francesa. Estos prelados nombrados por el primer cónsul debían ser instituidos por el papa, y entrar inmediatamente en el ejercicio de sus funciones bajo la vigilancia de la autoridad civil y del Consejo de Estado.

Debía asignárseles en el presupuesto del Estado un salario proporcionado á sus necesidades; pero el papa en cambio debía reconocer como válida la enajenación de los bienes de la Iglesia, condenar las sugerencias con que los clérigos asediaban á los moribundos en su último momento con daño de las familias, reconciliar con Roma á los eclesiásticos casados, y auxiliar al gobierno para poner término á todas las calamidades de la época.

El plan era completo, y exceptuando algunos detalles, excelente, así para la actualidad como para el porvenir; él reorganizaba la Iglesia en cuanto era posible sobre el mismo modelo del Estado; él procedía con respecto á los individuos por vía de fusión utilizando los hombres sabios y moderados de todos los partidos que preferían el bien público á un mal entendido tesón revolucionario ó religioso. Pero ahora veremos hasta qué punto es el bien de difícil realización aun cuando sea su necesidad positiva y urgente, porque desgraciadamente de que sea una necesidad no resulta que sea también una noción clara, evidente é inconcusa.

Había en París un partido de escarnecedores, sectarios aún vivos de la filosofía del décimooctavo siglo, de los antiguos jansenistas que habían llegado á ser clérigos constitucionales, y por último, de los generales imbuidos en preocupaciones vulgares; tal era el obstáculo que por su lado presentaba la Francia. Pero en Roma era otro: era la fidelidad á los antiguos precedentes, el temor de alterar el dogma reformando la disciplina, escrúpulos religiosos afectados ó sinceros, sobre todo resentimientos contra nuestra revolución, y en particular una especie de complacencia con el partido realista francés compuesto de emigrados, clérigos ó nobles, residentes los unos en Roma, en correspondencia con esta corte los otros, y todos enemigos apasionados de la Francia y del nuevo orden de cosas que se empezaba á establecer; este era el obstáculo que ofrecía la Santa Sede.

Persistió el primer cónsul en su plan con firmeza y paciencia invencibles durante el curso de una de las más largas y difíciles negociaciones conocidas en la historia de la Iglesia. Jamás los poderes temporal y espiritual se hallaron contrapuestos en circunstancias de más monta, ni jamás se vieron ambos más dignamente representados.

El joven que gobernaba á la Francia, tan sensato, tan profundo en sus miras, pero tan impetuoso en sus voluntades, se veía colocado en la escena del mundo por un singular designio de la Providencia en presencia de un pontífice de rara virtud, de fisonomía y carácter angélicos, pero de una tenacidad capaz de arrostrar hasta el martirio cuando creía comprometidos los intereses de la fe ó los de la corte romana. Su semblante animado y dulce á un mismo tiempo, revelaba claramente la sensibilidad un tanto exaltada de su alma. De edad ya cercana á los sesenta años, de salud débil, á pesar de haber vivido todo este tiempo, inclinada la cabeza, dotado de una mirada sagaz y penetrante, de un lenguaje elocuente y gracioso, era el digno representante, no ya de aquella religión imperiosa que bajo Gregorio VII gobernaba y merecía dictar leyes á la Europa bárbara, sino de esa religión perseguida que, no teniendo ya en sus manos los rayos de la Iglesia, no podía ejercer sobre los hombres más poder que el de una dulce persuasión.

Un secreto atractivo le aficionaba al general Bonaparte. Habíanse encontrado ambos, como dijimos en otro lugar, durante las guerras de Italia, y en vez de salvajes guerreros abortados por la revolución francesa, profanadores del altar y asesinos de los sacerdotes emigrados, según los pintaba la Europa, había encontrado Pío VII, á la sazón obispo de Imola, á un joven lleno de genio que hablaba como él la lengua italiana, que mostraba los sentimientos más moderados, que mantenía el orden, hacía respetar los templos, y lejos de perseguir á los clérigos franceses, hacía uso de su poder para obligar á las iglesias italianas á recibirlos y sustentarlos. El obispo de Imola, asombrado y seducido, contuvo el espíritu insubordinado de los italianos de su diócesis é hizo al general Bonaparte los mismos servicios que había recibido su Iglesia. La impresión producida por aquellas primeras relaciones no se borró jamás del corazón del pontífice, é influyó en toda su conducta con el general ascendido á cónsul y á emperador: prueba evidente de que en todas las cosas, grandes ó pequeñas, un beneficiado no es jamás estéril. En efecto, más adelante,